

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 227.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartré.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mossé, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

EL ALMA DE LAS CIUDADES

El acto realizado recientemente por los geniales hermanos Quintero en Sevilla, nos ha hecho meditar tenazmente y deducir como resultado de esta meditación—una consecuencia: Las ciudades tienen alma.

No deja de alcanzarse la audacia de este principio, sentido quizá con ligereza tal, que no nos sea dable resistir el más somero análisis en lo referente á la propiedad de la frase; pero justa ó no, traduce nuestro pensamiento.

La metrópoli andaluza es, á no dudarlo, una de las ciudades españolas que más relieve presentan y que por lo tanto mejor definida tienen su alma. Muy lejano su origen en las páginas de la Historia, las diversas civilizaciones que por ella han ido pasando, marcadas dejan las huellas de su espíritu.

Frecuentemente, una piedra, una inscripción en los restos de una ruina, nos recuerdan la fastuosidad de una generación remota; aquí las graderías derrumbadas de un circo, allá los gigantes monolitos de un templo pagano, más tarde el rebrillar que ciega de áureo minarete. Diversas civilizaciones, pueblos variados, pero siempre un mismo espíritu, fastuosidad, grandeza. ¿Tiene su fundamento étnico? Seguramente. A un suelo de feracidad lujurante y á un cielo de azul que ciega, no parece corresponder espíritu mediocre, sino de señaladísima característica.

El espíritu mismo que distingue á los hijos del país, á los de todas las edades, los que fueron dejando la huella de su paso, marcada en la piedra, en el mármol, en el lienzo, en la Musa que muere con Rioja y resucita con Becquer, no sin posar antes sus labios en la boca de la mujer del pueblo, restallando en una copla.

He aquí el alma de Sevilla, su espíritu constante y propio. ¡Qué mucho si los hermanos Quintero, hijos de su pueblo, poseedores felicísimos de su espíritu; sienten dentro de sí, el alma de la ciudad en que nacieron, que aletea en su obra portentosa!

Viviendo en ella formaron su espíritu y cuando pasados bastantes años de ausencia, manifiestan el raudal de su inspiración, se ve clarísimamente

cómo aletea el alma sevillana que en ellos perdura, á despecho del tiempo y del espacio. Y así, en un alto que hacen en su camino, recogen un brazo de flores que van á deshojar ante el busto del poeta sevillano, á quien Dios parece haber entregado en sagrado depósito el alma de su pueblo.

Nos vamos acercando al cumplir de la segunda década, viviendo en ciudad levantina, favorecida de la Naturaleza, que no le ha regateado el azul intenso del cielo ni del mar, hermosura en la mujer, rancio abolengo histórico; y cuando en el fragor de la lucha, en los rudos choques de pasiones ericonadas—lucha que es vida y pasión que es sangre circulante ha sonado en nuestros oídos la palabra *forasterismo*, pronunciada con increíble inocencia, nuestros labios inconscientes, se han plegado en leve sonrisa.

Por nuestra mente ha pasado el recuerdo de un día remoto en que pisábamos por vez primera la ciudad y ávidos de conocerla, recorrimos sus calles y sus plazas. Buscábamos sus edificios, la piedra que nos hablase de su pasado, el mármol ó el bronce que nos hablase de sus hombres, el museo, la biblioteca, el archivo, que nos descubriese su arte y su historia; reclamábamos la presencia de su espíritu, de su alma: Trabajo inútil.

¿A qué se reduce entonces la infamante cualidad de *forastero*?... ¿á la carencia de un certificado de nacimiento expedido por determinada oficina?

¿Dónde el espíritu que se funda con el nuestro? ¿Dónde el alma que poder llevar dentro, como característica de nuestro origen?

¡Ah! En tanto no déis alma á un cuerpo, su vida será el movimiento rítmico, isócrono é inconsciente del reloj: de máquina complicada y admirable si queréis, pero falto de vida.

¿V qué habéis hecho vosotros, luchadores, por dar alma á vuestro pueblo, para poderle llamar *vuestro* con entero derecho?

Vicente Chiralt.

Ladrones capturados

Madrid 16-9 m.

Telegramas recibidos de Valladolid comunican que ha causado en aquella ciudad gran sensación la noticia del importantísimo servicio prestado por la guardia civil, captuando en Nava del Rey á una partida de ladrones.

Se sabe que estos formaban una Sociedad, efectuando muchos é importantes robos.

Lo benemérito ha detenido á ocho de los complicados.

El Juzgado instruye diligencias para descubrir á todos los comprometidos.

Manos de Serafín

Si supieras—me escribía, cuando se casó, Raimundo,— qué suerte loca la mía! ¡un ángel es mi María, si hay ángeles en el mundo!

Sus ojos, donde el candor se refleja y la bondad, tienen, por brillar mejor, del día la claridad y de la noche el color...

Su voz parece el arrullo de enamoradas palomas, pues suena como un murmullo, y su boca es un capullo lleno de suaves aromas.

Jamás la oírás exhalar ni una queja en sus agravios, y es que su ser al formar Dios hizo sus rojos labios tan solo para besar.

V así, cuando sin rigores, me provoca á mil excesos, su boca, de mis amores templa los dulces ardores como una ánfora de besos.

Aunque la cause una pena, jamás me mira ceñuda; su mirada, de amor llena, sigue brillando serena, no como espada desnuda.

Cuando su mano nevada, para acariciar formada, entre las más se posa, como blanca mariposa que para el vuelo, agitada,

"bendigo á Dios pues no en colmó mis ansias y anhelos, (y no permitiendo á un triste humano besar la divina mano de un serafín de los cielos".

Ha pasado un año; ayer hallé á Raimundo, y al ver su rostro algo ensangrentado, le dije:—¿Quién te ha arañado? y contestó:—¡Mi mujer!

Casimiro Prieto.

De sociedad

Con toda felicidad ha dado á luz un hermoso y robusto niño la esposa de nuestro querido director, don Francisco Rentero.

Después de haber permanecido unos días en Madrid, Valencia y Barcelona ha regresado á sus posesiones de San Javier nuestro respetable amigo el diputado á Cortes por esta circunscripción don José Maestre.

Reciba nuestro saludo de bienvenida.

Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro querido amigo don Francisco Zubiri, director que fué de esta Prisión aflictiva, el cual viene á pasar las fiestas de Navidad en compañía de sus hijos.

Con motivo de la enfermedad que aqueja al señor don Juan de Dios, llegó ayer á esta ciudad el funcionario de Hacienda don Julián García de la Vega.

Vapor embarrancado

Madrid 16-9 m.

Se ha recibido un telegrama fechado en Marsella, comunicando que el vapor Cervantes de la matrícula de Barcelona, ha embarrancado á ocho millas del Cabo Couronne.

La situación del buque es sumamente difícil, porque el temporal dificultó mucho las operaciones de salvamento.

No obstante, creese que en un plazo breve quedará de nuevo el vapor Cervantes, á flote.

PARÍS

El alma española vista por un francés

Un publicista francés ha descubierto recientemente á España. E lo no ha sido en "Le Journal"—donde he visto en artículos de fondo, atribuir á filósofos griegos, pensamientos de Tomás Hobbes;—ni en las crónicas de la prensa chauvinista; ni siquiera en una de estas reuniones tumultuosas donde el patriotismo agresivo se exterioriza en las formas más divertidas, sino en las páginas repesadas y mesuradas de la "Revue," singularmente leída por cuantos atienden al movimiento de la cultura francesa contemporánea. Alberto Dauzat— así se llama nuestro descubridor— merece ser conocido y divulgado en España. No por sus condiciones de psicólogo ni por su veracidad, sino por su fantasía, por su inventiva, por su gusto de lo pintoresco, por su desenvoltura extraordinaria. De la pluma de Alberto Dauzat, España sale desconocida; es una España que no se parece á la nuestra, pero que ofrece un interés excepcional para los chamarreros intelectuales que tanto abundan en el mundo. Alberto Dauzat, muestra con un gesto de asombro, entre desdenoso y benevolente, la "opinión europea" tiene en él un digno campeón.

España es un país raro. Desde la frontera comienzan á ocurrir cosas absurdas. La primera que llena de sorpresa á Mr. Dauzat es que todos los empleados hablen español. Como todos los empleados hablan español, el hecho de que un francés hable castellano les produce una admiración, sin límites. Nada tiene de particular, pues, que enseguida digan á Mr. Dauzat: ¡Ah! ¡Habla usted un idioma que no es el suyo? ¡Qué suerte! Aquí nosotros no hablamos más que español.— Pero en esta exclamación,—Mr.] Dauzat lo observa—hay más orgullo que sentimiento.

Esta ignorancia de las lenguas extranjeras no retiene á los españoles en nuestro país—habla siempre el escritor francés.—Pero, más que esa ignorancia, nos retiene un amor propio nacional, un poco estrecho. Agrega benignamente. Somos un pueblo parapetado tras de una muralla, de la China, para no sufrir la influencia extranjera, que desdeñamos. Queremos ser noso-

tros mismos y no aceptar las enseñanzas de nadie.

De asombro en asombro, Mr. Dauzat encuentra en Andalucía algo verdaderamente desolador. ¿La pobreza del país? ¿lo atrasado del cultivo agrícola? ¿la ausencia de espíritu público? ¿la falta de vida corporativa? No. Lo que deja estupefacto á monsieur Dauzat es... la inmoralidad de las costumbres. Sabido: hasta en las familias de la burguesía modesta, las muchachas solteras tienen hijos naturales, sin que nadie piense en reprocharlas; y mucho menos sus padres que consideran tal descendencia con entera naturalidad, como conviene á su denominación. Bien es verdad que las estadísticas demuestran que Andalucía es el país de Europa en que se acusa la mayor proporción de nacimientos ilegítimos. Mr. Dauzat no nos dice qué estadísticas son esas, ni donde ha podido consultarlas. Será cosa de pedirse las á Mr. Fletcham, editor de "La Lanterne," cuando acabe esa discusión ética que sostiene con los tribunales igualmente.

Tal inmoralidad reviste caracteres horriblos en algunas ciudades, como Granada. Es que el pueblo andaluz, miserable y perejoso; repugna el trabajo sano y fecundo que dá al hombre un sentimiento de dignidad—dice el profundo psicólogo. Podría objetarse que Argelia ha sido roturada, cultivada, puesta en valor por brazos andaluces; nosotros lo hemos visto; monsieur Bernad, encargado de cursos en la Sorborno, lo decía ayer mismo en su conferencia acerca de "La conquista y colonización de Argelia." Pero no se trata de discutir, ni de rebatir, sino de informar al lector someramente.

Los españoles, según él, creemos tener la primer infantería del mundo. No nos damos cuenta de que todo ha evolucionado á nuestro alrededor. En Málaga están convencidos de que nada hay; en Europa, qué iguala á la Catala. En Eliche, los habitantes se figuran que las palmeras no existen más que allí. En Toledo los mendigos llenan de maldiciones á quien no les socorre. En Burgos los porqueros extienden



—¿No es la curiosidad que han delido inspirar: mis palabras llenas de encanto y de amargura, lo que origina tu martirio?

—No á fé, señora mía. Bien sabe Dios que siento vuestras cuitas más aún que las mías propias.

—¡Niña infeliz... valiera más que no me amaras de ese modo.

—¿Qué decís?

—Sí, hija mía; esa viva siesión que tienes hacia mí; ha engendrado un cariño extraordinario en mi vehemente corazón, y va á ser mi desgracia intolerable.

—¿De qué desgracia hablas, señora de mi alma?—le preguntó la esclava presa de dolorosa incertidumbre.

Guardó un breve silencio Doña Estefanía, y exhalando un gemido doloroso continuó con acento concentrado:

—Sabe... que te he... cedido á Doña Juana...

No fué dueña de sí la pobre esclava y articuló un grito doloroso.

—¡Véndida!

—No, por Dios, Zara,—le contestó la dama con vehemencia, ¿venderle yo? jamás. Doña Juana Ruiz casi te quiere tanto como yo; y yo que lo sabía y que he sido salvada en el honor y quizás en

CAPITULO IV.

De como Doña Estefanía Segado envió á Zara su esclava á Doña Juana de Alarcón, y de la manera con que fué recibida por esta ilustrada y bandadosa dama.

Aquella misma tarde la bella Doña Estefanía Segado, estaba inquieta y preocupada, no obstante haber salido de su apuro de una manera providencial.

Sentada de una extensa galería que daba sobre un huerto de naranjos, ojeaba unos papeles que sostenía en sus manos de una manera distraída, como si su atención se hallase lejos de su contenido.

resignado á arrastrar vuestra honra por el mundo? Eso es tan monstruoso que no encuentro palabras con que poder calificarlo; su idea no cabe en mi cerebro. Dejad que me enoje y pida á Dios valor para hacer un esfuerzo y perdonaros.

—¡Querida amiga mía!

—¡Señora!—dijo Mateo de Villarrubia á quien ahogaba la emoción,—sólo puedo excusaros el no haber conocido vuestra alma.

—Puede ser imperdonable esa ignorancia, en vuestra esposa sobre todo.

Perdón para los dos, amiga de mi alma,—le dijo Doña Estefanía,—el honor quisquilloso se aviene mal con la amistad; ciertas desgracias: cuestan mucho, tal es nuestro delito, amiga mía. Ahora dispuestos nos tenéis á sufrir el castigo que queráis imponernos; sed generosa, sin embargo.

—Escuchad mi sentencia y no os quejéis. He de privaros de mi presencia dos semanas. Volved á mi quinta de la costa, junto á la torre de El Ramf; pero como no sea bastante ese castigo os privaré de Zara que llevaré conmigo para que me acompañe. Esa muchacha me cautiva y si fuese envidiosa os la enviara por mi fé.

—Vuestra es Zara, señora Doña Juana,—le dijo Villarrubia en un arranque de agradecimiento.